

An aerial, black and white photograph of a dense urban landscape, likely a financial district. The image is filled with numerous skyscrapers of varying heights and architectural styles, packed closely together. The perspective is from directly above, looking down on the city. A prominent red rectangular box is overlaid in the upper-middle section of the image, containing the title and author's name in white and black text.

LA CIUDAD
DE LA FURIA
Ernesto Mallo

Esta historia sucede en calles calientes, húmedas y oscuras, propicias para criminales y sicarios, tanto privados como a sueldo del Estado. La ciudad duerme intranquila, respira como una fiera peligrosa que no conviene despertar. Hay un clima de rencor concentrado, de deseos de venganza, una danza de malos espíritus que se ocultan entre las sombras. Siluetas furtivas que espían desde sus escondrijos con ojos fosforescentes. Seres dispuestos a matar por una chaqueta o un reloj, por cualquier botín mínimo que permita reducir el hambre constante. Hay odio en cada latido de estas calles sin alma. Se siente la presión insoportable de señales silenciosas que anuncian una revuelta sangrienta que puede y va a estallar en cualquier momento.

Esta novela transcurre en Buenos Aires, pero podría desarrollarse en cualquier ciudad de Occidente en un futuro cercano: los efectos de la pandemia y de la recesión económica han arrojado a millones de personas a la pobreza, el poder y el dinero se concentran cada vez en menos manos, los gobiernos optan por la represión; Una escritura tajante y certera para una novela que trata de situaciones que no deberían darse.

Con la ya conocida pericia narrativa que caracteriza su obra, Ernesto Mallo nos entrega una vibrante distopía en la que nadie es inocente y nada es lo que parece.

*Toda ciudad, por pequeña que sea,
está de hecho dividida en dos:
una, la ciudad de los pobres;
otra, la ciudad de los ricos;
y están en guerra una con otra.*

PLATÓN

*Me verás volar por la ciudad de la furia
donde nadie sabe de mí y yo soy parte de todos.*

GUSTAVO CERATI,
En la ciudad de la furia

*A Camila, Nicolás, Natalia,
Ruy, Nuria y Alvar, mis mejores obras*

Índice de contenido

Cubierta

La ciudad de la furia

Obertura

Primera parte. Actores, figurantes y comparsa

Segunda parte. PlayStation

Sobre el autor

Obertura

Un Mercedes-Benz blindado, precedido por un vehículo de custodia y seguido por otro cargado de guardaespaldas, corre por la avenida del Libertador. En el asiento trasero, Erhardt mira el paisaje que cambia a ochenta kilómetros por hora. Sin detenerse cruzan calles calientes, húmedas y oscuras, propicias para el accionar de los sicarios, tanto del Estado como privados. Por la vereda, con el paso de quien ha cumplido una jornada interminable en fábricas o empresas, los últimos obreros y sirvientes regresan a sus casas a pie, obligados por la reducción del transporte público. La ciudad duerme intranquila, respira como una fiera peligrosa que no conviene despertar. Hay un clima de rencor concentrado, de deseos de venganza, una danza de malos espíritus que se ocultan entre las sombras de las recovas y tras los árboles cenicientos que agonizan en los parques. Siluetas furtivas que desde sus escondrijos los miran pasar con ojos fosforescentes. Seres dispuestos a matar por una campera, un reloj, por cualquier botín mínimo que les permita reducir el hambre constante. Hay odio en cada latido de estas calles sin alma, de estas avenidas sin piedad. Se siente la presión insoportable de señales silenciosas que anuncian una revuelta sangrienta que puede y va a estallar en cualquier momento.

Los guardaespaldas de Erhardt bajan y rodean el coche principal mirando en toda dirección con ojos paranoicos. Uno de ellos le abre la puerta al pasajero y lo acompaña hasta la entrada al búnker, camina lenta pero decidi-

damente. Son casi las seis de la mañana, los festejos ya terminaron. Una docena de hombres y mujeres, los partidarios más cercanos, se distribuyen por la estancia, algunos roncan despatarrados en sillas forradas con falso terciopelo, otros conversan y beben café con leche. Todos lucen enfermos y felices. Un leve aroma a sudor flota en el ambiente. Las grandes pantallas de plasma y los monitores de las computadoras están apagados por primera vez desde que comenzó la campaña. En las paredes cuelgan afiches con eslóganes optimistas, racimos de globos de colores con caritas sonrientes, banderines abigarrados y pancartas que anuncian el retorno de la alegría. Más parece un festejo de kindergarten que la sede central de partido político que acaba de hacerse con la presidencia de la nación. El hombretón que custodia la entrada a la sala de comando le sonríe al tiempo que cierra la puerta tras él. El presidente está solo, derrumbado en un sillón, mirando la nada, con un brazo que descansa laxo y extendido sobre el apoyabrazos. A Erhardt le recuerda a la *La creación de Adán*, solo que acá no está Dios señalándolo con su dedo, pero sí el creador político del presidente que viene a supervisar a su criatura.

Pensé que iba a encontrarte más feliz.

El presidente mueve los ojos muy lentamente hacia Erhardt.

Estoy muy cansado... y feliz. Una mierda, estás cagado de miedo. No sé por qué me metí en esto.

Erhardt se sienta frente a él y lo contempla en silencio. El poder político transforma a los hombres en perros, en un año envejecen seis. Por eso él lo digita pero no lo ejerce. El presidente tiene el pelo completamente blanco, bolsas bajo los ojos y arrugas de amargura. Erhardt reprime un incipiente sentimiento de simpatía apenas se manifiesta. No es momento para emociones. Es necesario apunta-

lar al presidente, no se puede permitir que nuevamente fracase al triunfar. Esta vez no va a dejarlo solo.

¿Debo pensar que tenés más ambición que coraje?

El presidente se pone alerta.

¿Vino a sermonearme? De ninguna manera, vine para asegurarme de que no te olvides de quienes te pusieron donde estás.

Erhardt sabe que los años no lo hicieron más inteligente ni más sabio, espera que al menos lo hayan hecho más astuto y despiadado.

En las elecciones anteriores solo contabas con la disconformidad de los votantes. ¿Y ahora? Con su desesperación, por eso ganaste. Me da envidia. ¿Envidia de qué? Qué no podrás hacer con toda la gente metida en su casa y cagada de miedo. Sí, y la economía paralizada desde que se desató la peste. ¿Cómo la vamos a recuperar?

Erhardt se toma un minuto deliberadamente incómodo antes de responderle.

La peste dejó a la sociedad en estado de shock extremo. Eso le permitió al Gobierno anterior confinar a la gente, darle más poder a la policía, tener más controlada a la población mediante leyes que facilitan el control de las masas, y vigilar a los ciudadanos mediante las redes y la recopilación de datos. Toda esa tecnología está en funcionamiento, esas leyes siguen en vigor. Los hostigamos con el recorte de derechos y libertades, con la falta de trabajo y de dinero. Con la ayuda de los medios capitalizamos el descontento; con los jueces, paralizamos sus iniciativas; con la banca, secamos la plaza. Nunca debemos olvidar a nuestros socios, tenelo siempre presente. Fueron fundamentales para hacerles pagar el precio político hasta el último centavo y provocar su caída. Sí, pero yo ahora me encuentro con un país en la ruina. Eso se arregla fácil. ¿Có-

mo? Lo primero que tenés que hacer es decretar el estado de emergencia económica. ¿Para qué? Para, entre otras medidas, flexibilizar las relaciones laborales, facilitar los despidos y desactivar la actividad sindical. Eso hará bajar el costo de la mano de obra. Hay que reducir los impuestos al capital y facilitar la entrada y salida de dinero para atraer a los inversores. En pocas palabras los pasos siguientes son privatizar las empresas del Estado para disponer de cash operativo, reducir los impuestos para ganarte el favor de los poderosos y desarticular el Estado social para dejar sin financiamiento a los opositores. ¿Drásticamente; dice usted? Sí, hay que aprovechar esta coyuntura de inmediato. ¿Por qué? La situación puede cambiar muy rápidamente. Cuando la gente se sienta muy acorralada, puede producirse eso que los sociólogos de izquierda llaman un estallido social. Una manera bonita de decir insurrección, rebelión, guerra civil. ¿Usted cree que eso puede pasar? La política no es una ciencia exacta, es un arte. Hay que hacer algo que el Gobierno anterior no hizo. ¿Qué cosa? Prevenirse. ¿Cómo? El Estado debe tener el monopolio del miedo. ¿Y eso cómo se consigue? Con tropa, con armamento. Hoy disponemos de toda clase de armas inteligentes que te convendría ir acopiando.

Erhardt se pone de pie, saca un papel del bolsillo y se lo entrega al presidente.

¿Y esto? Es una lista de los profesionales que van a acompañarte. Una banda de hijos de puta sin abuela, los mejores en cada campo.

Media hora más tarde Erhardt desanda el camino hasta su coche. Se repite la coreografía de los guardaespaldas como una película proyectada en reversa. Se ubica en el asiento trasero. Le indica al chofer que lo lleve a casa. La

pantalla del teléfono, encastrada en el asiento de adelante, se enciende y anuncia una llamada entrante de Hipólito Crespo. Hace un gesto para cerciorarse de que la función que transmite datos fisiológicos esté desactivada y con otro gesto establece la conexión. Un parpadeo precede al rostro amarillo verdoso del jefe de Policía.

Disculpe que lo moleste a esta hora, señor. ¿Qué sucede, Hipólito? Tengo una mala noticia. Dígame. Es su hijo Roby, señor. ¿Qué hay con él? Una patrulla lo encontró hace unas horas. Ahá. Está muerto. ¿Muerto?... ¿qué pasó? Fue asesinado.

PRIMERA PARTE

Actores, figurantes y comparsa

La misión

Vuelvo a casa. El día de trabajo, más la bebida y la sesión de sexo con Judith me dejaron hecho polvo. Espero que Olya no esté con ánimo de reproches. Suena mi teléfono. Molina, mi chofer, me echa una mirada fugaz por el retrovisor. Es el jefe. Una sensación de abatimiento se suma al cansancio que ya sentía. Dudo si atenderlo o no. El semáforo vira a rojo. Pero no nos detenemos, nadie lo hace, la ciudad está plagada de asaltantes brutales, hombres a quienes la vida es lo único que les queda por perder. Atiendo. Etchegoyen me sonríe desde su despacho.

Buenas noches. Las noches ya no son buenas, Diego Saralegui –me contesta soltando una risita idiota. Eso, que me llame por nombre y apellido, y que esté trabajando a esta hora son señales de que me va a echar encima algún caso de mierda, de esos que nadie quiere—. ¿Qué hubo? Se armó una gorda. Escucho. ¿Sabés quién es Erhardt? Sí, claro, todo el mundo lo sabe. Bueno, el hijo acaba de aparecer muerto. ¿Dónde? Te vas a sorprender... En el barrio chino. ¿Por qué me sorprendería? Porque no es el barrio que estás pensando, es el de la Villa 31. ¿Y qué hacía el hijo de un millonario en el barrio más peligroso de la ciudad, estaba comprando droga? Fue lo primero que pensé, pero no, el pibe era lo que llaman un activista social. ¿Qué me cuenta? Lo que oís, con toda esa guita y metiéndose en causas perdidas. La verdad, jefe. Bueno, como sea, nos tenemos que ocupar en persona del asunto. ¿A quién le tocó? Bonasera. ¡Me cago! Sí, ya me llamó tres veces. ¿Qué

quiere que haga? Que vayas a la escena. ¿Ahora? No, el mes que viene. Jefe, allí de noche no entra ni la policía. Habrá un equipo del Grupo de Intervención Rápida para cubrirte. Como si eso fuese garantía. No seas cagón. Capitán te está esperando. ¿También va a intervenir el ejército? Por ahora no; es el apellido del inspector que te va a acompañar. Ahí te mando la foto. ¿Lo conoce? Sí, es un tipo áspero, pero es de los buenos, él te va a proteger. Si usted lo dice. Buscalo a la entrada de la calle Diez. Averiguá todo lo que puedas. Cuando termines te vas a casa de Erhardt. Vas a darle todas las seguridades de que haremos lo necesario para que el crimen bla, bla, bla, ya sabés la rutina. Te espero allí.

Corto. Si algo odio es la escena del crimen. Mucho más en la Villa 31. Mucho más de noche. Mucho más si intervienen los de la Rápida. Creo que les pusieron ese nombre porque enseguida se ponen a disparar sin importarles quién esté en medio.

¿Cambiamos de rumbo, señor? –pregunta Molina sin dejar de mirar al frente–. Sí, vamos a la 31. ¿A la Villa? A la Villa. De acuerdo –concluye, abre la guantera, saca su Glock, la amartilla y la coloca en el asiento del acompañante.

Vamos por el carril central de la avenida que corre junto al largo muro del ferrocarril. La muralla de ladrillos rojos hace de contrafuerte para las montañas de basura levantadas en una semana de huelga de recolectores. Un sol rabioso las estuvo cocinando durante el día. Flota en el aire un tufo aceitoso y picante. Ratas salvajes, del tamaño de un gato, merodean a toda hora. Les perdieron el miedo a los humanos. Cuando se cruzan con alguno lo enfrentan mostrando los dientes. Los especialistas están afónicos de tanto alertar por la posibilidad de que se desate otra epidemia. En la radio, Palito Ortega canta *La felicidad*, ese te-

ma pegajoso que los medios se empeñan en volver a poner de moda. Le pido a Molina que la apague.

Sé que existe la Villa 31, pero mi conocimiento de ella y de lo que allí sucede no pasa de algún titular en los diarios o de alguna nota apurada en la televisión. Mi primera actuación como fiscal, sin embargo, tuvo que ver con la Villa. Me encargué de solicitar el archivo de la causa por la muerte de Polo Fortich. El tipo era un reportero independiente que la pasaba denunciando cuestiones políticas relacionadas con la Villa. Le debe de haber pisado los callos a alguien porque, después de una nota especialmente urticante, le metieron dos tiros de 22 largo en la cabeza a media cuadra de su casa. Se decía que él sabía todo lo que pasaba en la 31. Toco la pantalla, tecleo el nombre del tipo en el buscador, un par de parpadeos y aparece un video de Polo. Play. Polo camina por las callejuelas de la Villa como si estuviese haciendo una visita guiada subrayando con la palabra lo que muestra la cámara. Fortich debe haberse creído poeta.

A ritmo de cumbia, la Villa palpita detrás de los galpones del ferrocarril, a corta distancia del barrio más caro de la ciudad. En el espacio vacío que sus habitantes llaman «canchita» hay niños, muchos niños librados a su suerte. Viejos casi no se ven, a los que no mató el virus los eliminó el desamparo. Por sus calles, callejuelas y pasadizos circulan trabajadores y personal doméstico, mano de obra y servicios para los ricos que viven del otro lado de Plaza Canadá. Pero no solo alberga a estos esforzados supervivientes. También es el hábitat de los expulsados por el sistema, los invisibles: mendigos, pordioseros y muertos en vida. Mezclados con ellos, y amparados por un entramado laberíntico, viven allí los que han hecho del delito su modo y medio de vida: rateros, ladrones, carteristas, descuidistas, asaltantes, rufianes, asesinos, toda clase de locos y abusadores; y la élite del mundo del crimen: los narcotraficantes.

Todo se entrevera en ese popurrí de casitas abigarradas, precarias, con paredes sin encalar, grafiteadas y surcadas por los intestinos de una infraestructura improvisada: caños, cables, desagües. Andan por allí algunas almas buenas y caritativas, gente ingenua, bien intencionada, que quiere ayudar: un puñado de sociólogos y médicos que conviven con una jauría de estafadores de toda clase: adivinos, tarotistas, curanderos, manosantas, curas y evangelistas, cada uno con su cuento del tío, cada uno con su extorsión. De alguna forma emparentados con ellos, en lo más bajo de la cadena alimentaria, están las hienas y los caníbales: pobres que roban a los pobres. Cazadores nocturnos a quienes da lo mismo hacerse con la compra del mercado de una vecina, la pensión de una jubilada o la virginidad de una niña que se distrajo.

Aquí es adonde llegamos.

Veo a Capitán, mi custodio, el tipo de la foto que me envió Etchegoyen. En vano, su elegancia lo hace inconfundible en este paisaje de obreros y desarrapados. Es muy corpulento, fuma serenamente recostado contra su coche, parece aburrido. Siento un escalofrío. No sé si este tipo va a contribuir a mi bienestar o a mi destrucción. Una pintada roja chorreada sobre un muro verde grisáceo en la entrada de la Villa me sorprende con su elocuencia: «Bienvenido a la Ciudad de la Furia».